



(Capilla en los Alpes.)

NOTICIA HISTORICA

**SOBRE LA FABRICACION DE RELOJES, Y SU ESTADO ACTUAL EN
LOS DISTINTOS PAISES.**

La Francia es la cuna de la fabricacion de los relojes, pues los primeros se construyeron en dicho pais á mediados del siglo XV, y los aficionados á las antigüedades conservan todavia en sus gabinetes algunos de los relojes que manifiestan la perfeccion que en el trascurso del tiempo la inteligencia humana lleva en todas sus obras. Aun-

que dichos relojes no pueden ser considerados mas que como tentativas ó ensayos en el arte que nos ocupa, no tardaron los ingleses en aprovecharse de ellos, y mejorándolos no tardaron en adquirir una reputacion grande en esta industria, de modo que esportaban sus relojes á todos los paises, y hasta los mismos franceses iban á buscarlos á aquel. Hiciéronse, sin embargo, en Francia muchas tentativas para emanciparse de aquel fruto: el duque de Orleans, regente del reino, intentó establecer una fábrica de relojes en Versalles, para lo cual, sin reparar en gastos, llamó acreditados artistas ingleses, y lo mismo hizo en San German el mariscal de Noyalles; pero estas dos fábricas no existieron mas que tres años, y no dieron otro resultado

17 DE AGOSTO DE 1834.

que esa bella clase de relojes, conocida con el nombre de relojes de París, cuya perfección llevaron á un grado tan elevado los artistas Gandon y sobre todo Leroy, que mas tarde Ginebra ponía en sus productos el nombre del último con preferencia al de Grabam y otros hábiles artistas de Inglaterra. Dicha clase de relojes no se conserva en la actualidad mas que en la casa de Breguet.

En Ginebra, cuyos relojes han gozado y gozan todavía tanta reputación, tomó origen esta industria á fines del siglo XVI, y después de haber permanecido por espacio de algunos años en su infancia, tomó de repente un vuelo portentoso, por razón de haberse inventado en aquel mismo país una porción de útiles mecánicos propios para abreviar y perfeccionar el trabajo. Previendo entonces el gobierno de Ginebra las ventajas de esta industria, concibió el proyecto de concentrarla exclusivamente en manos de los que tenían derecho de ciudadanía, y publicó un decreto prohibiendo á toda otra clase de personas, incluso los que eran ya relojeros, el enseñar este arte á sus hijos. Tan torpe persecución dió lugar á la emigración de muchísimos relojeros que no gozaban de aquel derecho, los cuales se trasladaron á las fronteras de Francia y de Saboya, y fundaron esa infinidad de establecimientos que se encuentran hoy día en los confines de ambos países. En 1793, una emigración considerable de relojeros, que espulsados de Suiza, su patria, pasaron á establecerse en Besanzon, pudo haber dado un impulso grande á esta industria en Francia; comprendía esta emigración 500 familias, compuestas de 2000 individuos, de los cuales mas de 1600 trabajaban en la fabricación de relojes. El gobierno de la república en Francia comprendió las ventajas que esos refugiados podían procurar al país, y no vaciló un momento en dispensarles toda protección: así es que cedió gratuitamente á los señores Mayevant y Tort, jefes de la colonia, el uso de varios edificios nacionales por espacio de quince años; concedió á título de socorro provisional, cuatro francos diarios á cada soltero; tres á cada padre y madre, y dos á cada niño, además de una indemnización de 40 á 70 francos para habitación ó casa á cada familia, segun el número de individuos de que constase: pagó los gastos de trasportes de las personas, de los útiles y mueblaje, é hizo un adelanto de 260,000 francos por seis años y sin interés alguno, á la naciente fábrica que debían establecer los emigrados. Por otro lado concedió un premio de 250 francos á toda joven francesa que aprendiese una de las partes del arte de relojero, y en cuyo aprendizaje hubiese empleado mas de seis meses; otro de 400 francos cuando hubiese empleado dos años, y finalmente, otro de 500 cuando hubiese empleado mas de dos años. La convención nacional decretó tambien que los relojeros establecidos en Besanzon debían recibir todos los años 200 alumnos franceses, de los cuales 100 serían mantenidos por la república, y estableció y ordenó al mismo tiempo la creación de una caja de préstamos y de fomento, en la cual la tesorería nacional debía depositar la suma de 1.200,000 francos. A pesar de todo esto, la fábrica de Besanzon prosperó muy poco durante las guerras del imperio y los primeros años de la restauración: la agricultura que se hallaba falta de brazos, llamó con preferencia los esfuerzos del pueblo francés; sin embargo, dicha fábrica produjo durante los veinte primeros años 31,000 relojes, de los cuales 400 eran de oro y los restantes eran de plata ó de metal compuesto. Desde entonces la fabricación de relojes ha tomado en Francia cierto incremento, pues en 1837 Besanzon produjo 45,925 relojes; y en 1842, produjo 59,637; y la población dedicada á esta industria se eleva en aquel solo departamento, al número de 12,000 obreros: con todo, la fabricación francesa en esta parte es casi insignificante comparada con la fabricación suiza, que esporta todos los años para Francia tan solo, sobre unos 26,000 relojes de oro.

En la actualidad la industria relojera cuenta tres centros principales; Suiza, Inglaterra y Francia; esta fabricación es inmensa, y sus productos son objeto de un grande comercio en todas las partes del mundo. La Suiza fabrica, especialmente en Ginebra, en Chaux de Fonds y en Lochte: la Inglaterra en Londres; y la Francia en Besanzon y en el departamento de Doubs. La Suiza provee de relojes á la Alemania y á todo el Norte de Europa, y va suplantando á la Francia en las Américas; los ingleses, á pesar del subido precio de sus relojes, alimentan en parte á Constantinopla y á nuestras Américas, siendo escusado decir que tienen el monopolio de la India; finalmente, la Francia esporta muy poco, antes al contrario, la Suiza la inunda con sus productos, de modo que todos los años esporta relojes para aquel país por valor de unos 12,000,000.

SERPIENTE DE MAR.

(Conclusion.)

Comparando estas nociones suministradas por el autor inglés, con cuanto análogo prestarnos puedan las tradiciones de la edad media y

de la antigüedad, hallamos chocantes semejanzas en la descripción que nos dejó Alberto el Grande de la famosa serpiente de la India: «Una de ellas vió Avicena, dice, cuyo pescuezo estaba guarnecido de pelos largos y gruesos como las crines del caballo; *et visus est unus ab Avicena, in cuius collo secundum latitudinem colli, erant pili descendentes longi et grossi ad modum jubarum equi.*» Añade Alberto que tienen tres dientes muy largos y preeminentes.

Esta última circunstancia parece ser una vaga reminiscencia de la que Ctesias en sus *Indiques*, y después de él Eliano en sus *Propiedades de los animales*, nos dicen del gusano del Ganges. En cuanto á la dimensión, es indudablemente inferior este gusano al grandor á que alcanza la serpiente marina, pues que estos autores griegos le dan siete codos de largo, y una circunferencia tal, que apenas podría abrazarlo un niño de diez años.

Los dos dientes de que dicen está provisto, uno en cada quijada, le sirven para coger los bueyes, los caballos y camellos que encuen-tran á orillas del río adonde los arrastra y devora.

Bueno es advertir de paso, que muchos rasgos de Herodoto y aun de Ctesias, rechazados en un principio como cuentos ridiculos, los ha admitido en seguida la ciencia, porque muchas veces ha descubierto en ellos hechos de verdad y poca alteración. Matte-Brun mira á Ctesias bajo este punto de vista.

Naturalmente llegamos al espantoso animal llamado *Odontotyran-nus* en los romancesos relatos de las maravillas que halló Alejandro en la India. Todas las novelas de la edad media que hablan de este conquistador, aludiendo á los testos griegos designados bajo el nombre de Pseudo-Callisthene, están unánimes respecto del *Odontotyran-nus*, del cual tratan tambien varios autores bizantinos. Todos ellos lo creen animal anfibio que vive en el Ganges y sus orillas, de una estatura cuyo grandor escende á toda verosimilitud: «Tal es, dice Palladius, que puede tragarse un elefante entero.» Por ridiculo que parezca esto, pudiera muy bien ser una alusión hiperbólica, así como las mas gruesas serpientes de tierra devoran á enormes cuadrúpedos, como son caballos y bueyes; porque se los tragan efectivamente sin partirlos, pero después de haberlos molido, estirándolos como informe róllo con sus poderosos apretones y terribles sacudimientos de sus repliegues.

Verdades que M. Grofe, en su docta disertación inserta en las memorias de la academia de ciencias de San Petersburgo, dice que el *Odontotyran-nus* de las tradiciones de la edad media debía de ser un recuerdo del mammoth. Solo puede el sábio ruso fundar tan singular interpretación en las versiones latinas del romance de Alejandro, del cual publicó un testo Monseñor Mai en 1818, bajo el nombre de Julio Valerio. Dice en él que el *Odontotyran-nus* lastimó á pisotones (*conculcavit*) á algunos soldados macedonios, y el mismo relato se encuentra en una pretendida carta de Alejandro á Aristóteles, igualmente que en un tratado latino: *De los monstruos y fieras raras*, recientemente publicado. Pero en los autores griegos que acabamos de indicar, es decir, los diversos testos griegos inéditos del Pseudo-Callisthene, y Palladius, Cedrena, Glicas, Hamartolus, ningún detalle figurativo añade á la espresion de un grandor enorme y de naturaleza anfibia. El señor Xivrey ha refutado tambien la interpretación de M. Grofe, en sus «Tradiciones teratológicas, ó relatos de la antigüedad y de la edad media en occidente sobre algunos puntos de la fábula y de la historia natural.»

La cualidad de anfibio, que por cierto no corresponde al mam-mouth, ¿podría acaso aplicarse á la gran serpiente de mar? Si Ever-rardo Thome, proponiéndose colocar entre las lixas lo que halló en la playa de Stronza, prueba con esto solo que lo tenía por verdadero pescado. Pero, si se le quiere hacer reptil, se le supondrá por lo mismo una naturaleza anfibia con facultad de vivir indefinidamente en el agua, y podránse al propio tiempo referir al mismo animal los egemplos de enormes serpientes terrestres consignados de vez en cuando en la memoria de los hombres.

La serpiente marina, cuya descripción conservó el prelado Olaüs Magnús, era anfibia, y vivía en su tiempo en las rocas, orillas de Bergen; devoraba los ganados de aquellos campos, y alimentábase tambien de langostas.

Un siglo después, Nicolás Gramius, ministro del Evangelio en Londen de Noruega, citaba una enorme serpiente de agua, que desde las rias Mios y Banz habia salido al mar el día 6 de enero de 1656. «Vió-sele avanzar como un mástil de nave, destruyendo cuanto á su paso hallaba, hasta árboles y cabañas. Sus silbidos, á por mejor decir, sus ahullidos, hacían erizar los cabellos á cuantos los oían. Su cabeza era gruesa como un tonel, y su cuerpo, en proporcion, alzabase por cima de las olas á muy considerable altura.»

En tiempos mas remotos, citaremos la serpiente de la isla de Rodas, de la cual triunfó, en el siglo XIV, el caballero Gozon, quien por este hecho ligeramente tratado como fabuloso, vino á ser Gran Maestro de la orden de San Juan de Jerusalem.

En el siglo XVI, la que cuenta Gregorio de Tours haber visto en

Roma en una inundación del Tiber, la representa gruesa como una biga de lagar: *in modum trabis validae*. La palabra *draco* de que se sirve el antiguo historiador, es de buen latin para significar tan solo una gran serpiente.

En la antigüedad propiamente dicha, nos cuenta Suetonio que publicó Augusto á los comicios, es decir, que anunció de oficio, el descubrimiento hecho en Etruria de una serpiente de setenta y cinco pies de largo.

Dion Casius dice que en tiempo del mismo príncipe, se vió en aquellas comarcas otra serpiente de ochenta y cinco pies, la cual causó graves desastres hasta que la mató un rayo.

La mas célebre de cuantas han hablado los autores antiguos es la que hubo de combatir el ejército romano cerca de Cartago, orillas del lago Bragada, durante el segundo consulado de Régulo, en el año de Roma de 498, que corresponde á 256 años antes de Jesucristo. Esta serpiente tenía de largo ciento y veinte pies, y causaba fuertes estragos en las tropas romanas, por lo que se vió obligado Régulo á dirigir contra ella las ballestas y catapultas, hasta que la despachó una enorme piedra lanzada por aquellas máquinas. Para probar al pueblo romano la necesidad que tenía el cónsul de ocupar á su ejército en tan peregrina expedición, envió á Roma la piel del monstruo, y colgada quedó en un templo hasta la guerra de Numancia. Pero la disolución del cuerpo dió tal infección, que forzó al ejército á mudar de campamento: puede que en toda la historia no se halle otro hecho mas atestiguado, ni contado con mas detalles por tan gran número de autores.

Philostorga habla de pieles de serpientes de setenta y ocho pies, que había visto en Roma.

Cuenta tambien Diodoro que otra de cuarenta y cinco pies se cogió en el Nilo, y viva se envió á Ptolomeo Philadelpho á Alejandria. Strabon, quien aludiendo á Agatharchides, habla de otras serpientes del mismo grandor, cita á Posidonio, el cual vió en Cele-Siria una serpiente muerta de cien pies de largo, y de una circunferencia tal, que separados dos caballeros por su cuerpo no se podían ver.

¿Y alegaremos aquí lo que refiere el mismo Strabon, siguiendo á Onesicrita, que en cierta comarca de la India llamada Aposisares, criaron á dos serpientes, una de ciento y veinte pies, y otra de ciento y diez, y que deseaban con ansia enseñarlas en Alejandria?

Si añadiésemos la serpiente que Máximo de Tiro pretende haber enseñado Taxilo al mismo Conquistador, y que tenía de largo quinientos pies, llegaríamos en las tradiciones de Oriente casi al mismo grado de estension en que hemos visto las tradiciones escandinavas, que dan seiscientos pies á su serpiente de mar.

Empero, puede muy bien juzgar con estas aproximaciones, que la existencia de este animal, aunque cercado á veces de sospechosos rasgos, está muy lejos de ser una cosa moderna, y que se ha manifestado de varias maneras y desde remotos siglos. Ni es, como se decía, un riesgo de mas para los navegantes; porque este terrible monstruo ya está indicado en la Biblia bajo el nombre de Leviathan, que aplica la Escritura á diversas enormes bestias, segun observa Bochart. El profeta Isaias lo aplica tambien de este modo: «Leviathan, esa inmensa serpiente Leviathan, esa serpiente de tantos pliegues y repliegues.

En este siglo la aparición de la serpiente de mar está señalada en 1808, en 1815, 1817 y el año que corremos. No es de presumir que se encuentre con mas frecuencia en adelante que hasta hoy dia; pero al menos la atención pública, llamada hácia semejante fenómeno por los órganos de la prensa, dará la correspondiente notoriedad á hechos del mismo género que pudieran suceder otra vez y que sin eso pasarían quizás sin que nadie se apercibiese de ellos.

El autor inglés que fué el primero en publicar cuantos datos pudo recoger, y á quien somos deudores de todas nuestras citas y testimonios modernos, hace conocer tambien los medios de que se valen los pescadores noruegos para garantizarse de la serpiente de mar.

Asi que la ven cerca, evitan sobre todo los vacíos que en el agua deja la alternativa de sus pliegues y repliegues. Si brilla el sol, reman con direccion á este astro, el cual deslumbra á la serpiente; pero cuando la perciben á cierta distancia, hacen fuerza de remos para escapar de su alcance. Si no pueden de otro modo salvarse, dirígense en derechura sobre su cabeza, después de regar el puente con esencia de almizcle; porque se ha notado la antipatía que tiene este animal á aquel violento perfume, de modo que los pescadores andan siempre provistos de él al salir á la mar, durante los calmosos y ardientes meses del verano.

OFELIA,

LEYENDA DEL SIGLO VI.

I.

A la derecha del camino real de Madrid á Valencia, y cuando se presenta ya al viagero el panorama encantador que rodea á la ciudad conquistada por el Cid, con su inmenso y tupido bosque de árboles, sembrados en su interior de mil pueblos, que elevan sobre sus verdes copas la aguzada y en algunos esbelta flecha de sus torres parroquiales, se distingue una torre casi desmoronada que los naturales llaman la torre de Trullas. A su pie y en alguna distancia alrededor, se ven por entre los surcos algunos restos de sólidos cimientos que indican haber sido, en tiempos apartados, una soberbia vivienda.

En una de las salas de aquel castillo se hallaba la única hija del conde ostrogodo Guderico, adornada con los mas elegantes vestidos y rodeada de sus damas de honor, esperando, al parecer, la llegada de un personaje importante. En su semblante no se veía pintada la ansiedad; al contrario: porque mientras que la alegría y el placer se hallaba retratado en todas las caras; que en el castillo resonaba un rumor desusado, y que briosos corceles y ricas hacaneas piafaban de impaciencia en los patios de aquella mansion feudal, un fatal presentimiento, hiriendo su corazon, le habia robado la alegre indiferencia de sus años juveniles. Una palidez repentina habia reemplazado las encarnadas rosas de sus mejillas, y su mirada, llena todavia de gracia y de pureza, se detenía indecisa y pensativa sobre cuantos objetos veía en derredor.

Ofelia tenía diez y seis años, é iba á ser la esposa del conde vándalo Geroncio.

El matrimonio es siempre cosa muy grave.

Para el hombre es muchas veces un ensueño realizado, y casi siempre un negocio. Mas para la mujer, para una jóven de diez y seis ariales que abre el dulce caliz de sus esperanzas á las falaces apariencias del mundo, cándida en sus pensamientos, sincera en sus palabras, casta y pura en sus deseos, juzgando del corazon del mundo por su propio corazon, el matrimonio es la acción mas grave y seria de su existencia: alguna vez es para ellas el amor desconocido de esposo una emanación del cielo que vierte en sus oídos castos, palabras de un mundo desconocido: mas ¡ay! que con frecuencia no encuentra mas que un deseo brutal que mancha y despedaza una alma virgen y candorosa.

Ofelia habia vivido hasta entonces en medio de los placeres que le proporcionaban los sumisos vasallos del poderoso conde su padre: tierna y bondadosa, habia crecido junto á él feliz y contenta sin cuidado alguno del porvenir, y hé aqui que de repente se veia precisada á romper con el presente y el pasado, y olvidando los inocentes pasatiempos de sus años, iba á entrar en una senda sembrada toda ella de escollos, llena de abnegacion, de sumision y de respeto.

Ademas, el esposo que se la habia destinado era reputado por tan tirano y cruel, que en diez leguas á la redonda no se hablaba mas que de sus venganzas y destrozos. La estensa llanura donde Valencia se halla asentada, se estremecía al solo nombre del vándalo Geroncio: cada uno relataba á su guisa hechos casi inverosímiles por lo atroces, y todos estaban contestes en darle fama de brutal. Asegurábase que habia sucesivamente muerto á sus seis mujeres anteriores en el momento mismo que le anunciaban ¡cosa horrible! que iban á darle un heredero. Es preciso, pues, confesar que todas estas noticias ó consejas si se quería, deberían soberanamente atemorizar una alma tan delicada y pura.

Un pensamiento tan solo venia de vez en cuando á consolarla, y era que el obispo Felix, tan respetado entonces por su piedad, y á quien generalmente llamaban *el Santo*, se habia mezclado en este asunto para vencer las repugnancias del conde Guderico, que se negó en un principio á conceder á Geroncio la mano de su hija. Felix, al intervenir como mediador en la pretension de este último, esperaba por este medio lograr abandonase la secta arriana cuyos principios profesaba, ya por gratitud á sus obras, ya tambien con el buen ejemplo que iba á colocar á su lado, con la excelente conducta y piedad de la bella hija del conde Guderico, que así él como los suyos defendían las verdades innegables de la iglesia católica ortodoxa.

En aquellos tiempos y lugares, el cristianismo apenas habia podido echar hondas raíces en los ánimos, ya porque los restos de la idolatria romana preocupaba todavia á muchos, ya porque los que á ella se hallaban apegados y ejercían algun poder, le perseguían de muerte, y ya tambien, y esto era sin duda lo mas sensible para las almas piadosas y sinceramente cristianas, porque la ambición y el orgullo, como siempre, habian dividido los ánimos separándose de la grey comun, ora por puntos tan solo de disciplina, ora frecuentemente en el símbolo único y esencial de la doctrina católica.

Entre estos, la disidencia arriana era la que se hallaba mas extendida en el suelo y época de nuestra leyenda, aunque con otras varias fuese tambien comun á toda España.

La conquista del conde Geroncio debe ser una bella conquista! pensaba la pobre Ofelia; pero pronto al recuerdo de sus crueldades tornaba de nuevo á caer en sus incesantes inquietudes y temores.

En tanto, la noche envolvía en densa oscuridad los campos vecinos del castillo, dejando caer de su frente sombría grandes sombras que se esparcían por el suelo como negros fantasmas, y sin embargo, el esposo prometido no llegaba! Las antorchas que se hallaban encendidas en las avenidas del castillo reflejaban vagas y errantes imágenes en sus muros: Ofelia apoyada en el brazo de una dama de honor fué á posarse, medio desfallecida, en el alfeizar de una ventana.

—Lisa, decía á su compañera con acento melancólico, ¿qué causa motivará que mi esposo se haga tanto esperar? ¿No crees que esta tardanza es de mal agüero?

Y como Lisa, que abrigaba los mismos temores que su ama, no respondiese, Ofelia continuó:

—¿No oyes el grazido de las aves nocturnas cómo parecen anunciar alguna gran desgracia? ¡Ay de mí! Demasiado lo conozco, y en vano trato de ocultármelo: ¡Dios mío! ¡Dios mío! tened piedad de mí.

Y dejándose luego llevar de sus funestos presentimientos, añadió tomando la mano de su confidente y arrasados en lágrimas los ojos:

—Dentro de poco partiré, Lisa mía, y mañana volveréis á emprender de nuevo vuestras inocentes distracciones, reireis y cantareis con gran placer, mientras que yo.... encerrada en los muros de Paterna, miraré mi nueva vivienda como el sepulcro que me está destinado. ¡Ay Lisa! ¡Lisa!....

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se dejó percibir un rumor lejano del lado de la principal avenida del castillo: las antorchas de resina encendidas de distancia en distancia para alumbrar el camino se fueron sucesivamente reuniendo, apiñándose entre si, mientras que á esta señal las gentes del conde Guderico que se hallaban apostadas, corrieron vivamente á sus puestos para no faltar á la etiqueta. El conde Guderico se presentó al momento á la puerta vestido con la mayor magnificencia y montado en su soberbio corcel, rodeado de los demas nobles, sus aliados y deudos. No bien se hallaban estos colocados, cuando se dejó ver rodeado de los suyos el conde Geroncio, señor de Paterna, cuyo nombre solo hacia estremecer á las jóvenes de pavor, montado sobre un brioso caballo negro como el azabache.

Al verle tan magestuosamente adornado, puesta la mano sobre la cintura, con su cabellera rizada descansando sobre sus hombros; con sus rutilantes ojos negros girándolos aquí y allá como si quisiese abrazar todos los objetos con una sola mirada, y su gorra de pieles cuajada de vistosa y deslumbrante pedrería, todos olvidaron que aquel mismo era el que gozaba tanta fama de cruel, si un enorme cuchillo encerrado en su vaina de oro y pendiente de la cintura, no les hubiese recordado las innumerables fechorías y crueldades que á todos tenían aterrorizados. La mirada pura y angelical de Ofelia que en lo alto de la escalera seguía con marcada atención toda aquella escena contrastando con el severo semblante del esposo prometido que se esforzaba en mostrar sereno y apacible, hizo asomar mas de una lágrima en los párpados de las antiguas amigas y compañeras de infancia de la que iban á perder para siempre.

Llegados que fueron ambos guerreros al patio, saltaron á un tiempo del caballo, adelantándose Guderico á abrazar y tomar de la mano al que iba á ser el esposo de su única y queridísima hija.

Aquella escena de amistad tranquilizó por un momento el alma agitada de la sin ventura Ofelia, y enjugando furtivamente una lágrima que corría por sus mejillas, se sentó esperando resignada la llegada de su esposo.

Mientras concluyen las ceremonias de la bendición nupcial por mano de un sacerdote católico, á lo que se habia conformado, con indiferencia al parecer, el arriano Geroncio, conduciremos al lector á la sala del festín.

Una mesa cargada de groseras viandas, con infinitos cubiertos de oro y grandes vasijas llenas de vino de Chipre y de Italia, con misturas de Marsella y del país, ocupaba todo el largo del salón, presentando á la vista una perspectiva pintoresca. El maestro-sala y el *silenciario* (1) su segundo, iban y venían por do quier, disponiéndolo todo

con un orden y gravedad que nada dejaba que desear. El gefe de los monteros y los suyos, encargados de la pronta ejecución de las órdenes del maestro-sala, iban y venían de la cocina á la mesa ordenándolo todo cual correspondía. El *alumbrador* colocaba con vistosa simetría las teas resinosas que debían alumbrar á los convidados. Toda la demas comitiva de ambos condes, vestidos de nuevo, esto es, de una túnica de lana y con bragas que les llegaban hasta las rodillas, cubierta la cabeza con un gorro de pieles llamado *pileum*, se hallaban todos en la capilla.

Concluida la ceremonia religiosa pasaron todos al comedor, ocupando cada cual el sitio que le estaba destinado. Sentóse en el testero el conde Guderico, teniendo á su derecha á su yerno y á la izquierda á su capellán; en frente se colocó el juez, y á su derecha el bardo principal del señor de Trullas. De pié y detrás de este estaban el mayordomo principal y en derredor los criados y los músicos, con su cítara templada prontos á entonar el himno nupcial. Los demas convidados se colocaron segun de antemano se habia dispuesto.

Hecha la señal por el *silenciario*, y restablecida la calma, se levantó el sacerdote y bendijo la mesa. Los músicos preludiaron al momento que concluyó la bendición.

Concluido el banquete toda la comitiva acompañó á los nuevos desposados á su residencia de Paterna. Rodeábanles infinitas luces de resina yendo precedidos por los músicos. El resplandor rojizo de las hachas hacia aun mas densa la oscuridad de la noche de bodas. Una estrella que habia sola y aislada arrojando sobre Trullas su radiante destello, fué envuelta por las nubes al poner la desposada su planta sobre el dintel del castillo. Ofelia, que al dejar el albergue de sus años primeros, elevó los ojos al cielo, notó esta desaparición y suspiró. Su suerte se hallaba consumada; el terror volvió á apoderarse de su tierno y puro corazón.

II.

La residencia del conde Geroncio se hallaba situada á distancia no lejana de Valencia en la altura donde hoy día se halla situada Paterna. No la rodeaban por un lado como hoy día rodean á aquel pueblo la risueña huerta que se estiende hasta el fecundo Turia, siempre verdes y aromáticas sus campiñas con sus variadas producciones, ni por el otro los trabajados campos de su secano con las ordenadas hileras de algarrobos de verde oscuro perpétuo desafiando la intemperie cruda algunos días del invierno, ni los ardores del sol abrasador de los estios casi siempre atemperados con la fresca brisa de la mar, porque en la época en que ocurrieron las escenas de nuestra leyenda, todo lo que en el día es sitio de placer y de verdura, se hallaba ocupado por un vasto y anchuroso bosque que ocultaba con las espesas copas de sus árboles la habitación de aquel señor que tanta fama tenía de cruel, cual si hubiera querido ocultar á la vista de todo ser humano la caverna de una fiera.

Las mansiones feudales del siglo sexto y anteriores eran muy diferentes de lo que fueron despues. Ignoraban todavia el arte de levantar sólidas fortalezas de piedra y cal, hasta que andando el tiempo, y los godos estendiendo su dominio, arrojando á las demas bárbaras gentes de su suelo, vieron elevar los gigantes y sólidos castillos, algunos de cuyos restos contemplamos aun con admiración en nuestros días.

Los grandes señores vivían en los tiempos que vamos repasando en humildes casas de dos pisos á lo mas, no teniendo mas renta que el producto de las tierras que rodeaban sus viviendas, productos por cierto bien escasos, ó el botín que alcanzaban peleando con otros señores sus vecinos; por el capricho mas fútil, un odio ó una venganza. Las disidencias religiosas servían frecuentemente de pretexto. El catolicismo y el arrianismo se mostraban casi siempre irreconciliables.

Paterna no era, pues, mas que una casa de campo; antes bien que un palacio señorial. En su derredor reinaba el silencio mas profundo... Alguna vez se dejaba oír el eco de la trompa de caza, mientras que ladraban las jaurías, y piafaban los caballos, señal cierta y segura que su dueño se aprestaba con sus monteros en perseguir el ciervo ó el javalí.

Estos eran los únicos momentos en que podia respirar libremente la pobre y solitaria Ofelia. Seis meses hacia ya que se hallaba unida con el conde, y aun cuando de vez en cuando trataba de recordar, para ahuyentar sus penas, las tiernas y apacibles distracciones de su niñez, nada bastaba á arrancar de su alma sus tristes presentimientos. Seis meses de nueva vida, y ninguna noticia de su padre habia llegado á sus oídos; ninguna palabra de atención ó de cariño habia salido de los labios de su esposo. Sola consigo misma, su alma anodada por mil vagos temores, agitábase una vaga y estraña inquietud, y en vano trataba de desterrar su tristeza. Despues de algunos días, sin embargo, parecia haberse disminuido un tanto su terror; el

(1) Éste era el nombre que se daba al que, en los banquetes y grandes funciones imponía silencio cuando iban á empezar los coros de música de aquella época. Segun asegura un autor, los celtas comían en el suelo sentados sobre haces de heno frente á una mesa muy baja, cargada de pan y viandas asadas, tostadas ó hervidas. Pero como hacia ya mucho que habia desaparecido aquella costumbre, andando el tiempo se fueron levantando las mesas reemplazando las haces por un banco circular, de donde procede el nombre de *banquete* que se da á esta clase de festines. En dicha mesa cada uno de los convidados tenía su sitio marcado segun correspondía á la dignidad de que estaba revestido.

miedo que la agitaba casi había desaparecido; tenía mas valor y serenidad, y no temblaba ya tanto al encontrarse frente á frente con su esposo.

¿Quién había podido efectuar cambio tan repentino? ¿Quién había arrojado en aquella alma tan temerosa tan vivaz energía? ¿Qué sensación desconocida había impreso tal valor en aquella muger antes tan tímida y delicada?

¡Ofelia iba á ser madre!!!

¡Madre! ¡palabra y sensación que transformá intensamente á la muger! ¡que la abre una carrera desconocida de esperanzas y de ilusiones, de orgullo y de amor! palabra y sensación que la hace arrostrar con impávida firmeza, y hasta con temeridad estremada, todo peligro, todo sufrimiento; compensación gloriosa de noble orgullo que el Creador le concedió en cambio del dolor, y de la debilidad á que se hizo acreedora por su primera falta; este nombre y esta sensación transforma á la muger en un ser enteramente distinto de lo que antes fuera. ¿Puede nunca comprender bastante lo que es para una muger el amor del hijo que siente moverse en sus entrañas?

Ofelia había sentido agitarse en su seno el fruto querido de un amor mezclado de terrores; pero al solo pensamiento de su hijo, la madre valerosa había sabido desprenderse de los melancólicos terrores de la jóven.

Hallábase Ofelia una tarde en el gran salón del castillo, ya que empezamos dando este carácter á aquella mansion, sentada junto al hogar; alumbrábase una lámpara de hierro, vacilante su llama con el viento que azotaba las ventanas que hacía pasar casi desapercibido el ruido de la lluvia.

Apoyada la frente en sus dos manos, Ofelia trataba de adivinar el porvenir que á su hijo le estaba reservado; ningún ensueño dorado la parecía bastante digno del hijo de sus entrañas. Debía ser hermoso, bien formado y valiente, seguiría á su padre en las batallas y él solo vencería á sus enemigos: despues... y sobre todo amaría á su madre con furor. ¡A su madre que tanto le amaba ya!

¿Quién sabe dónde puede detenerse el amor materno?

Nada de esto, sin embargo, bastaba á tranquilizarla enteramente: despues que había anunciado á su esposo su futura dicha, y que muy pronto daría á luz el fruto de sus amores, el conde se mostraba con ella muy mas desapiadado y cruel. Apenas paraba en su morada, generalmente salía muy temprano y no tornaba á ella sino muy entrada la noche, y aun así era para maltratar á la pobre jóven que no podía adivinar la causa de tan torpe conducta.

Mientras que Ofelia se hallaba fluctuando entre sus dudas y temores, llegó Geroncio que acababa de entrar en el castillo. Siguiendo su costumbre tomada algun tiempo hacia, iba á retirarse á su aposento dejando al conde libre y solo para cenar; mas cuando observó su semblante mas preocupado que nunca, ora que se alarmase mas su alma con aquella alteración visible de sus facciones, ora que de una vez para siempre quisiese aclarar el misterio de aquella conducta brutal, fingió que pasaba á su oratorio, para volver al instante, pálida y temblorosa á escuchar á las puertas del salón.

Una persona extraña se hallaba con su esposo, y ambos hablaban en voz baja. Ofelia contuvo su respiración y escuchó:

—¡Othos! decía el conde.

—A vuestras órdenes, señor; contestaba el desconocido.

—Cuando las estrellas dividan la noche, te introducirás con gran cuidado en el cuarto de la condesa.

—Y despues...

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Desconfianza. Se hará como lo habeis mandado. Mañana no tendreis esposa....

Y el conde inhumano tornó á quedarse solo.

Hemos olvidado de notar que á la salida de Trullás de la desventurada Ofelia, no había querido separarse de ella una de sus jóvenes compañeras de niñez, cándida y pura niña como su ama, pero que no por eso dejaba de abrigar en su pecho una alma fuerte y vigorosa y cuyos consejos habían mas de una vez disminuido los temores de la condesa é infundido en su corazón aliento y esperanza. Sentada casi todo el día á los pies de su ama, apoyada su cabeza con su rubia y rizada cabellera sobre las rodillas, la cantaba para distraerla las canciones del país ó bien la relataba con su gracia infantil las hazañas de sus antepasados y de su padre especialmente: y cuando la tristeza se apoderaba de la pobre Ofelia, María la miraba con tal encanto y ternura que la hacía olvidar su padecer. En una palabra, María era para su ama, el ángel de su consuelo.

Cuando Ofelia entró en el oratorio encontró á María orando de rodillas. Ofelia ni aun tuvo fuerza de pronunciar una sola palabra y se arrojó sobre un banco sollozando.

—¡Señora! ¡señora! ¿qué teneis? exclamó María.

—¡Ay María mía, mi querida María! ¡soy la mas desgraciada de las mugeres!

Y como aquella insistiese por saber la causa de tan gran dolor, Ofelia la contó todo lo que había oído.

—Es preciso, señora, la dijo entonces su fiel amiga, que no os abatais así: tened confianza en la bondad de Dios y su santa madre que no nos abandonará... Ya veis: la misma suerte nos está sin duda reservada: si os matan no dejarán, por eso, de hacer lo mismo conmigo, y sin embargo, ved cuán tranquila estoy; al contrario, me parece que tengo en este momento mas fuerza y valor... Dejádme hacer, que yo creo poder salvaros.

¿Qué es lo que María hizo, Dios solo lo sabe!

Lo cierto es, que poco antes de media noche abandonaban á Paterna dos mugeres montadas en dos hacaneas que marchando al paso á la salida, se dirigieron luego á escape hácia Trullas.

El conde Geroncio que á su gran crueldad unia una gran desconfianza de todo y de todos, vigilante especialmente aquella noche en la que por su mandato se iba á cometer el mayor de los crímenes, oyendo abrir la puerta de su castillo temió se tramaba algo en contra de sus proyectos, y saltando de su lecho fue en busca de su esposa. Como no la encontrase y viese abierta la puerta, no siendo de los que aceptan con resignación el ver abortado un proyecto, enfurecido y loco de rabia, se armó de un terrible cuchillo y montado en su corcel se lanzó en seguimiento de ambas fugitivas.

Sin embargo, Ofelia y María galopaban sin cesar atentas tan solo al ruido que podía elevarse en derredor. Ya habían pasado una buena distancia de Valencia cuando el rumor del escape de un caballo hirió fuertemente sus oídos:

—¿Oyes, María? exclamó Ofelia, ¡es él!

—Nada temais, señora; contestó María: ánimo y valor, que si no me engaño veo ya la torre de Trullas.

—Y yo te digo, contestó Ofelia, que va á llegar muy pronto... ¡Desgraciada de mí! ¡Dios tenga piedad de mi alma!

Ofelia tenía razón: el rumor que oía junto á ella era el conde Geroncio que llegaba. María seguía siempre galopando: Ofelia no pudo ir mas lejos y se dejó caer de su hacanea esperando la muerte... Al momento que llegó su esposo junto á ella, renovóse de nuevo su cólera, y sin vergüenza como sin remordimiento alguno, sin tener en cuenta sus lágrimas ni sus súplicas, la cogió por los cabellos y sacando su cuchillo la dió tan fuerte golpe que la separó la cabeza de su tronco. Despues de lo cual, dejando el cuerpo sin sepultura, tomó la vuelta de su castillo.

Así pereció la infortunada hija del conde Guderico de Trullás; pero como el cielo no deja la virtud sin recompensa, ni la maldad sin castigo, dice la crónica de donde tomamos esta historia, que el obispo Felix á quien todos tenían por santo, en atención á sus virtudes volvió la vida á la entonces dichosa Ofelia, la cual se retiró á un convento de monjas que había ya por aquella época en Valencia, siendo la admiración de sus compañeras por su austeridad y rígidas costumbres.

El bárbaro Geroncio no disfrutó ni un instante de su crimen, pues á poco de separarse del cuerpo inanimado de su víctima, divisó una grande hoguera que ardía hácia el sitio donde ocultaba sus crímenes y su barbarie: al tiempo mismo que descargaba sobre la cabeza de Ofelia su cuchilla, caía un rayo sobre su albergue que lo reducía á cenizas, sin que quedase al siguiente día mas señales de su morada que algunas piedras ennegrecidas y algunos troncos de árboles medio consumidos. Nadie supo qué había sido de aquel hombre de quien tantas crueldades se contaban, y por algun tiempo el sitio en que vivió el arriano Geroncio fué mirado como un sitio de maldición.

Luis MIQUEL y ROCA.

D. José Pellicer.

Entre los que han ilustrado al reino de Aragón con el noble cultivo de las letras, ocupa un distinguido lugar D. José Pellicer, nacido en Zaragoza en 22 de abril de 1602. Sus padres D. Antonio Pellicer de Ossau y doña María de Salas y Tovar, ambos de esclarecido linaje, tuvieron despues otro hijo que emulando la temprana gloria de su hermano por diversa carrera de mas esplendor y de mas riesgo, acabó tambien mas prontamente la carrera y la vida. Este fué el maestro de campo D. Antonio Pellicer de Tovar, caballero del orden de Santiago y comandante de los dragones de España, que murió en 1650 en la restauración de Cataluña por D. Juan de Austria. La carrera del hermano mayor fué á la verdad mas llena de días, y no menos de afanes por ser menos sus peligros: vertióse en ella mucho sudor, ninguna sangre, y convino al fin el nombre de guerra aunque con diversas armas. Dispensósele el cielo muy dilatada para la larga empresa á que parece le había destinado de desterrar algunas tinieblas en nuestra

historia nacional, limpiar de manchas ciertos hechos y sucesos memorables, y combatir los impostores que propagaban y sostenían el error y autorizaban las patrañas. Para esta tan prolija y árdua tarea no bastaba solo integridad sin mucha constancia; no amor á la verdad sin gran afición á la historia, y no el ingenio que tanto madrugó en su edad, que parece previno á los años la razón, si ésta, cultivada y perfeccionada por una educación sobresaliente, no hubiese copiosamente ministrado los auxilios.

A los doce años de su edad había concluido Pellicer la gramática en Consuegra, en donde residía su padre, y la retórica en Madrid bajo la enseñanza del P. Juan Luis de la Cerda. En la universidad de Alcalá estudió artes y se graduó de bachiller y licenciado; y en la de Salamanca profesó la jurisprudencia, en donde fué graduado en am-



(D. José Pellicer.)

hos derechos después de haber sido consiliario y vice-rector. Para dar nuevo realce á estos estudios, se dedicó al conocimiento de las lenguas hebrea y griega, de que hizo loable uso alguna vez, como también de la italiana y francesa, en que dicen fué eminente: mérito entonces muy señalado, lo que es hoy comun adorno de crianza. Un ingenio pertrechado con este aparato de estudios serios y amenos, no podía estar mucho tiempo ocioso. A los diez y nueve años de edad dió al público el *Apophysis de Protectoribus et Praepositis*, y la version latina, ilustrada con notas de la *Táctica de Constantino Porfirogéneto* escrita en griego. Desde estos dos trabajos, que fueron el preludio de su pluma y de su reputación, hasta el año de 1676, tres antes de su muerte, apenas cesaron las prensas de sudar con nuevas producciones suyas. De estas debió de estar después tan ufano su autor, ó por casualidad ó por su número, pues ascendía á doscientas, que imprimió su catálogo con el nombre de Biblioteca: dividiólas en mayores y menores, á las que dió su antagonista Argaiz el nombre de *Gazetas*, de gran parte con razón. Podríase decir de Pellicer por la copia y varia naturaleza de sus escritos, que, ó llevado de su facilidad misma, ó estrechado de su necesidad, vino á convertir en oficio la prerrogativa y gloria de escritor.

El particular estudio que había hecho de algunos ramos de nuestra antigüedad histórica, ó mal examinados por los cronistas, ó des-

figurados por los impostores, le proporcionó el empleo de cronista mayor de Castilla, á los veinte y siete años de su edad, en que sucedió á Antonio de Herrera. Habiendo vacado en 1636 la plaza de cronista de Aragon por muerte de D. Francisco Gimenez de Urrea, la diputación de aquel reino le eligió sucesor suyo: y en 1640 le nombró el rey su cronista mayor de todos los reinos de la corona de Aragon, condecorándole después con el hábito de la orden de Santiago. El desempeño de tan honoríficos cargos, y la fama que con ellos debe andar unida, fueron causa de verse distinguido del gobierno, buscado de los señores y zaherido de algunos literatos.

Los cuidados domésticos en la manutención y crianza de sus hijos, habiendo sido casado dos veces, no solo no interrumpieron sus tareas, antes las avivaron, obligándole á consultar en ciertos casos mas con los socorros que le ofrecía la prensa, que con la importancia y calidad de sus obras. Esta sería la causa de haber empleado con preferencia su tiempo y sus desvelos en tanto número de relaciones, informaciones y justificaciones de genealogías, sucesiones y noblezas de familias, y en tanta copia de otras composiciones en prosa y en verso, tan variadas por sus objetos como extrañas por sus títulos, de *urnas sacras*, *mármoles triunfales*, *pirámides baptismales*, *cadena historiales*, *anfileatros*, etc., sobre escritos de la adulación y pedantería de su tiempo. También debemos confesar que si sus escritos fueron muchos, muchos mas fueron los elogios que hicieron de ellos algunos doctos sus contemporáneos; y no faltó quien tuvo la paciencia de formar de todos un volumen. Sin embargo de tan antigua y pomposa recomendación, en estos tiempos en que han variado el gusto y el criterio del público, los escritos de Pellicer son menos leídos y mucho menos elogiados, excepto algun corto número en que se interesan el lustre de la monarquía, la grandeza y verdad de la historia, y el juicio de la nación.

Perdonándole su estilo, que descubre el oropel é hinchazon de su tiempo en los hipérboles y metáforas, y las alabanzas que no se desdichó de darse á sí propio, á que alguna vez le obligarian la sin razón y mordacidad de sus contrarios, se debe contar á D. José Pellicer entre los hombres de letras á cuyo ingenio, estudios y vasta erudición debe mas la historia eclesiástica y civil de España en el siglo décimo séptimo: siendo dignos de gratitud y alabanza el celo, la constancia y esmero con que luchó contra los que sostenían la falsedad de los Marcos, Máximos, Julianos, Liberatos, Aubertos y otros fingidos cronicones. En esta guerra literaria sacrificó sus vigilias ocho años continuos, los postreros de su vida, que acabó en Madrid á 16 de diciembre de 1679 con la pluma en la mano dando la última á algunos escritos para cuya publicación le faltaron caudal y dias, con haber sido tantos los que le concedió el cielo.

MUERTE DE CALMAR Y DE ORLA.

IMITACION DEL OSSIAN DE MACPHERSON.

(LORD BYRON).

¡Cuán queridos nos son los dias de nuestra juventud! El anciano se recrea dulcemente con su recuerdo. En el crepúsculo de la vida le pinta su memoria las horas de su infancia. Muchas veces se le ve empuñar su lanza con mano trémula: «No es así, eselama, como este brazo, tan débil hoy, blandía el hierro delante de mi padre.»

Háse estinguido la raza de los héroes; pero las armonías del harpa eternizan su gloria; sus almas vuelan en alas del viento; oyen el canto de sus hazañas en medio de los suspiros de la tempestad, y se regocijan en sus palacios de nubes. Entre ellos está el bravo Calmar. Esta parda piedra indica el lugar en que reposan sus cenizas; pero el héroe recorre el espacio volando sobre el aquilon de las montañas.

Morven vió nacer á Calmar, que fue uno de los rayos de guerra de Fingal. Sus pasos dejaban en el campo de batalla un reguero de sangre. Los hijos de Lochlin habian huido delante de su temible lanza; pero sus miradas eran dulces; sus rubios cabellos caian en graciosos bucles sobre su espalda, pero brillaba como el meléoro de la noche. Ninguna virgen habia hecho latir su corazon, pues se habia consagrado enteramente á la amistad que le unia con Orla, guerrero de negra cabellera y fatal á mas de un héroe. Sus espadas eran igualmente valerosas en las batallas; nadie podia domar la fiereza de Orla, que no amaba á nadie mas que á Calmar. Los dos amigos vivian juntos en la caverna de Oithona.

Swaran parte de Lochlin y las azules ondas le llevan á la orilla. Los hijos de Erin caen bajo los golpes de su brazo terrible. Fingal llama á sus guerreros; sus navios cubren el Occéano; despléganse las banderas sobre las verdes colinas; vienen en socorro de Erin.

La noche sucede al dia; las nubes cubren la frente de la luna; espesas sombras rodean á los ejércitos; encinas ardiendo iluminan los valles. El cansancio habia cerrado los párpados de los hijos de Lo-

chlin, que sueñan con la sangre que se les había prometido, y creen blandir la amenazadora lanza, y poner en fuga á los hijos de Fingal. El ejército de Morven vela todavía; Orla es quien guarda el campo; Calmar está á su lado; entrambos van armados de aceros homicidas. Fingal llama á sus gefes, que rodean á su rey, sobre cuya frente caen plateados cabellos; pero el brazo de Fingal es aun robusto. La vejez ha respetado la fuerza del héroe. «Hijos de Morven, dice: mañana salimos en busca del enemigo; mas ¿dónde está el escudo de los hijos de Erin? El enemigo ignora aun nuestra próxima venganza. Cuthulín está en el palacio de Tura. ¿Quién atravesará el campo para llevar un mensaje al héroe? Es necesario caminar por medio de las espadas enemigas; pero mil guerreros me rodean: rayos de guerra, hablad; ¿quién irá á llamar á las armas á Cuthulín?»

—«Hijos de Tremmor, yo soy quien reclama ese honor, grita Orla, el de la negra melena; á mí solo es á quien corresponde. ¿Qué es para mí la muerte? Envidio el sueño de los bravos, y además, el peligro no es grande. Los hijos de Lochlin duermen; iré á buscar á Cuthulín. Resuenen las liras de los bardos si sucumbo, y depositen mis restos cerca de las olas del Lubar.»

—¿Podrías morir solo? dice el hermoso Calmar. ¿Quiéres dejar á tu amigo, gefe de Oithona? Mi brazo es fuerte en las batallas: ¿podría yo verte morir, sin empuñar mi lanza? No, Orla, no. Juntos hemos cazado el ciervo en las montañas; juntos nos hemos sentado en la mesa de los festines; sean comunes nuestros peligros. ¿No hemos vivido juntos en la caverna de Oithona? Partamos la tumba que nos espera en las orillas del Lubar.

—Calmar, dice el gefe de Oithona: ¿á qué esponerte á los golpes de Erin? Déjame perecer solo. Mi padre habita los palacios aéreos, y se regocijara y gloriará de verme llegar manchado con la sangre de Lochlin. Pero Mora, la de los ojos azules, prepara el banquete para su hijo en Morven, oye el ruido de los pasos del cazador en los matorrales, y cree que son los de Calmar; que no pueda decir: «Calmar ha caído bajo la lanza de Lochlin; ha muerto con el feroz Orla, ese gefe de sombrío ceño.» ¿Por qué han de nublarse las lágrimas los azules ojos de Mora? ¿Por qué su voz ha de maldecir á Orla, causa de la pérdida de Calmar? Vé, Calmar, vé á prepararme un sepulcro de piedra vestida de musgo, vé á vengarme derramando la sangre de Lochlin. Tú te unirás á los bardos junto á mi tumba; el himno de la muerte cantado por Calmar encantará el oído de Orla; mi sombra sonreirá escuchando sus dulces alabanzas.

—Orla, dice el hijo de Mora; ¿cómo podría yo cantar la muerte de mi amigo, y celebrar su gloria, si tan cara me ha de costar? No, mi corazón no tendrá mas que suspiros; la voz del dolor no se espresa mas que con sonidos entrecortados. Orla, nuestras almas oirán juntas el himno de la gloria, y habitaremos la misma nube en los aires. Los bardos unirán los nombres de Calmar y de Orla.

Entrambos se alejan de la asamblea de los gefes, y dirigen sus pasos hacia el campo de Lochlin. Las encinas medio consumidas no despiden mas que una débil llama. La estrella del Norte guía á los dos amigos por el Tura. El rey Swaran duerme sobre la colina; sus soldados descansan tendidos y mezclados, reclinando sus cabezas aletargadas por el sueño sobre sus escudos. Brillan las espadas á algunos pasos reunidas en haces; las hogueras se apagan poco á poco, desprendiéndose humo espeso de los últimos tizones. Por todas partes reina el silencio, solo la brisa respira sobre las rocas inmediatas. Los dos héroes atraviesan sin ruido por medio del ejército enemigo, y ya están á la mitad del camino, cuando Mathon, que duerme sobre su escudo, se ofrece á la vista de Orla. Los ojos del héroe se encienden con repentino furor, levanta su lanza.—¿Por qué frunces el ceño, gefe de Oithona? pregunta Calmar el de la hermosa cabellera. Nos hallamos en medio del enemigo, y no es este el momento de detenerse.—Es el momento de la venganza, responde Orla, el de feroz mirada. Mathon de Lochlin duerme; ¿ves su lanza? aun está enrojecido su hierro con la sangre de mi padre! bien pronto la de Mathon manchará el hierro de la mía.... ¿Pero le heriré durante su sueño? no; quiero que sienta el golpe que ha de precipitarle en la tumba, que conozca á aquel cuyo brazo vengador va á inmolarse. Mi gloria no quiere la sangre de un enemigo que duerme. «Levántate, Mathon, levántate; el hijo de Connal es quien te llama; levántate para reñir con él!»—Mathon se despierta sobresaltado; pero no despierta solo. ¡Mil guerreros han oído la voz de Orla!—«Huye, Calmar, huye, dice el hijo de Connal. Mathon va á caer á mis pies. Yo moriré con gozo; pero Lochlin nos cerca; huye á favor de las sombras de la noche.»

Vuélvese Orla; ya está roto el casco de Mathon; el escudo se le cae del brazo, y espira cayendo anegado en su propia sangre al pié del tronco de una encina. Véle caer Strumon, y se encoleriza arrojándose sobre Orla; pero la lanza de Calmar le arranca un ojo, y exhala el postrer suspiro al lado de Mathon. Los guerreros de Lochlin se precipitan sobre los dos héroes, de la misma manera que las olas del Océano se enfurecen contra dos navios del Norte. Semejantes á los buques que

resisten las olas embravecidas, cortan con fiereza las amargas ondas y vuelven á aparecer entre la espuma; los héroes de Morven se abren paso á través de los enemigos que les atacan de todas partes: el estrépito de las armas llega á los oídos de Fingal, que hace resonar su escudo, rodeándole al punto sus hijos y esparciéndose sus guerreros por las breñas. Estremécese Ryno de alegría; Ossian aparece cubierto con sus temibles armas; blande Osear su lanza; despléganse las banderas de Fillan. La muerte vuela triunfante por la ensangrentada llanura. La victoria favorece á Morven.

La aurora brilla sobre las colinas, en donde no se vé ningun enemigo vivo; pero cubren el valle los cuerpos de los que duermen el sueño de la muerte. La brisa del Océano agita sus cabelleras; pero ya no despertarán. Los buitres se ciernen sobre la presa lanzando lúgubres graznidos.

¿Quién es ese guerrero, cuyos blondos cabellos flotan sobre su pecho ensangrentado? Brillantes como el oro del extranjero, se confunden con los bucles de ébano que sombrean la frente de su amigo, oscurecida como la suya con las sombras de la muerte. Es Calmar, que estrecha en sus brazos á Orla; la sangre de ambos se confunde como el doble nacimiento de un arroyuelo de púrpura, saliendo de sus anchas heridas. La sombría mirada de Orla es feroz aun; Orla no existe, pero sus ojos despiden una llama amenazadora; su mano está asida á la de Calmar, pero Calmar parece respirar todavía.—«Levántate, hijo de Mora, le dice el rey de Morven; yo soy quien debe curar las heridas de los héroes. ¡Levántate! Todavía Calmar podrá perseguir los ciervos en las colinas de Morven!»

—Nunca, responde el hijo de Mora; Orla no podría cazar ya el ciervo con Calmar. ¿Qué es para mí la caza sin Orla? ¿Quién partiría el botín de los combates con Calmar? ¿Orla no existe! Feroz era tu alma, querido Orla, pero era dulce para mí como el rocío de la aurora; para los demás era semejante á la amenazadora llama del relámpago; para Calmar brillaba como la argentada luz de la luna. Lleven mi espada á Mora, y cuélguela en mi castillo solitario: teñida está de sangre enemiga, pero no ha podido salvar á Orla; sepúltenme en la tumba de mi amigo, y ensalcen los bardos nuestros nombres.»

Sepúltales juntos á las orillas del Lubar. Cuatro piedras pardas indican el lugar de la muerte de Calmar y de Orla.

Swaran sucumbió. Nosotros confiamos nuestros guerreros á las azuladas ondas. Los vientos llevan nuestros navios á Morven. Los bardos cantan á los héroes:

«¿Qué espectro es ese que vaga por las nubes? ¿Quién es ese sombrío fantasma que brilla en medio del fuego rojizo de la tempestad? Su voz se confunde con la del trueno. Es Orla, el sombrío gefe de Oithona; el que no tenía rival en las batallas. ¡Paz á tu alma, terrible Orla! ¡Tu renombre es eterno! Hijo de Mora, el de los ojos azules, tu gloria vivirá siempre con la suya; tu corazón era tierno, ¡oh Calmar! pero tu espada era formidable; tu espada está colgada en tu castillo; las sombras de los guerreros de Lochlin acuden lanzando ayes y gemidos en torno de ese acero que tan fatal les fué. Escucha los cantos de tu gloria, ¡oh Calmar! Héroes son los que hacen repetir tu nombre á los ecos de Morven. Agita los bucles de tus hermosos cabellos, hijo de Mora, espárcelos entre el arco iris, y dignate sonreírnos en medio de las lágrimas de la tempestad.»

BALADA.

EL ROBLE Y EL ARROYO.

Saltan en perlas de la peña al hoyo
en destilados hilos de cristales
las limpias aguas del naciente arroyo,
puras y virginales
como de la niñez las alegrías,
y jugueteando en la menuda grama
van murmurando ledas armonías
que forma el viento al columpiar la rama.
Sigue, pobre arroyuelo,
le dijo un roble, tu mortal camino,
verás cual tiñe el pedregoso suelo
de fango vil tu chorro cristalino,
y ora absorbido por voraz torrente
te abrigues en sus ondas cenagosas,
ora discurras manso y trasparente
jugo prestando á las pintadas rosas,
en declive eternal, siempre alejado
de la natal ribera,

irás corriendo, pobre desterrado,
cabe la tumba que en la mar te espera.

No me asusta tu triste profecía,
dijo el arroyo manso,
que ni el torrente, ni la mar bravia,
pueden dar digna tumba á mi descanso;
humilde como soy, en mi la luna
trémula reflejó su luz de plata,
y en los ténues cristales de mi cuna
limpio el azul del cielo se retrata;
si enturbado del cieno del torrente
en agitado vuelo al mar camino,
desde su inmenso cauce, trasparente
me elevo á mi destino;
pues cuando el sol con su esplendente carro
baña la mar de luz, el arroyuelo
deja en el fondo de la mar el barro
y en aura de vapor se eleva al cielo.

F. CAMPRODÓN.

LAS OREJAS DEL BORRICO.

Fábula.—Imitación del alemán.

A un burro que vió pasar
dijo el burlon Baltasar:
¡Vaya una figura rara
que tienes con ese par
de orejas de media vara!
Yo no me las he escogido,
replicó el asno advertido:
no royéndomelas andes;
que Dios tendrá bien sabido
por qué me las hizo grandes.

J. E. HARTZENBUSCH.

FEDERICO II Y UNO DE SUS SOLDADOS.

En una de las visitas que el rey de Prusia hizo de incógnito á sus soldados, sucedió que una tarde encontró á uno que parecía había bebido algo mas de lo regular. Llegóse á él con bastante familiaridad, y le preguntó en tono de conversacion cómo con tan corta paga se hallaba en disposicion de tener francachelas tan copiosas. Créame V., camarada, añadió, yo tengo la misma paga que V., y con todo esto nada puedo ahorrar para la taberna: y ¿dígame V. cómo lo hace?—Me parece que V. es un gran demonio, respondió el soldado apretándole la mano: ¿y por qué se lo tengo de ocultar?... hoy, por ejemplo, he hecho una espresion á un antiguo camarada; ¿no sería muy duro que de cuando en cuando no pudiera un hombre echar cuatro brindis en compañía de un amigo? Como la paga nunca lo permite, he recurrido hoy á mi antiguo espediente.—¿Qué espediente? preguntó el rey.—Bueno... respondió el soldado: empeno algunos de mis efectos de que sé no necesitaré en algunos dias, y despues con un poco de abstinencia se adquiere con qué recobrarlos. Esta mañana recurri á la hoja de mi sable. Yo sé que no tendremos revista antes de una semana, por lo que no la necesitaré.—Federico le tomó bien las señas, y despues le dió gracias y se despidió de él. El día siguiente dió orden á sus tropas, sin que nadie lo pensase, para que se juntasen. Pasó dicho monarca revista, y encontró á su camarada de la tarde anterior, é hizole salir de las filas con el soldado que estaba á su derecha. Mandóles se despojasen:—Hora, dijo al que quería sorprender, saca tu sable, y corta la cabeza á este miserable.—Quiérese escusar; suplica al rey no le mande gemir toda su vida por haber muerto á un hombre de bien con quien sirve hace quince años, pero el rey queda inflexible.—¡Pues bien, señor! dijo el soldado, supuesto que nada mueve á V. M., quiero rogar á Dios haga un milagro por mí convirtiendo mi sable en un pedazo de madera.—Pronunció estas palabras con la mas afectada devocion, y fingió la mayor sorpresa cuando habiendo sacado su sable, vió sus deseos cumplidos. El monarca admiró su destreza, y no contento con solo perdonarle le dió una recompensa.



(El hospital del Rey de Burgos.)